

*Karl Korsch*



# ESCRITOS

- Evolución del problema de los consejos  
Obreros políticos en Alemania. 1921
- 15 tesis sobre el socialismo científico. 1923
- Tesis sobre Hegel y la revolución. 1931
- El marxismo y las tareas actuales en la  
lucha de clases proletaria. 1938
- La postura de Marx en la revolución  
europea de 1848. 1948
- 10 tesis sobre marxismo hoy. 1950

Fondo documental

**EHK**

Dokumentu fondoa

**Euskal Herriko Komunistak**

*Este trabajo ha sido convertido  
a libro digital  
por militantes de EHK,  
y forma parte del  
material de trabajo para el estudio,  
investigación y formación del  
pensamiento marxista*

<http://www.abertzalekomunista.net>

#### CONTENIDO.

Págs.      Contenido

- 3    Evolución del problema de los Consejos obreros políticos en Alemania. 1921
- 12 15 tesis sobre el socialismo científico. 1923
- 16 Tesis sobre Hegel y la revolución. 1931
- 18 El marxismo y las tareas actuales en la lucha de clases proletaria. 1938
- 26 La postura de Marx en la revolución europea de 1848
- 36. Diez tesis sobre marxismo hoy. 1950

## Evolución del problema de los consejos obreros políticos en Alemania

### I

El carácter contrarrevolucionario de la evolución política de Alemania a partir del 9 de noviembre de 1918 se manifiesta de modo preferente en la historia de los consejos obreros políticos. De aquellos revolucionarios Consejos de obreros y de soldados, que en noviembre de 1918 eran reconocidos en general como plataformas de soberanía, y que ejercían la dictadura del proletariado en el Reich, en el Estado, en las comunidades municipales y en el ejército, no quedaba ya, en noviembre de 1919, sino un exiguo puñado de "Consejos obreros comunales", desprovistos de poder y de medios, que seguían siendo tolerados -ésta es la palabra- como residuos gravosos de una época revolucionaria considerada ya como "pasado", pero a los que en parte alguna se les concedía ya respeto. Bajo esta miserable forma de existencia subsistieron por doquier los Consejos obreros comunales, y ocasionalmente siguen ejerciendo hoy mismo cierta función en algunos lugares pequeños, cuando se produce un conflicto entre los órganos comunales administrativos y el proletariado del municipio. Pero desde fines de 1919 no hay ya entre nosotros auténticos Consejos políticos en sentido revolucionario. Es cierto que los "Consejos de Empresa" legales y las restantes instituciones constituidas en plenitud de poderes y organizadas según el principio de los Consejos (hombres de confianza y funcionarios de las empresas, asociaciones y centrales de Consejos, Consejos de obreros en paro, Consejos de amas de casa, etc.) siguen ejerciendo incidentalmente una función política, igual que los sindicatos; pero, por su esencia íntima, no son más que consejos económicos, y a veces ni siquiera son consejos. Y por lo que se refiere a los revolucionarios "Consejos de Soldados", es cierto que, como se constató hace poco en un proceso, para sorpresa general, todavía no han sido abolidos formalmente ni declarados ilícitos. Pero en la práctica, naturalmente, hace ya mucho tiempo que tampoco existen Consejos de soldados.

Por tanto, una historia de los Consejos obreros políticos en cuanto instituciones auténticas, abarca en Alemania, a lo sumo, hasta fines de 1919. A partir de ahí, sólo cabe constatar una evolución del problema de los Consejos obreros políticos en la medida en que la postura fundamental y táctica de las diversas orientaciones políticas en torno a la cuestión de los Consejos políticos ha variado algo, esporádicamente, con el curso del tiempo.

Si consideramos retrospectivamente la evolución general de los Consejos políticos en Alemania, podemos afirmar que, en el capítulo de causas de la rápida decadencia y desintegración de las instituciones de los Consejos, hay que aducir, junta a las causas principales conocidas, que naturalmente se encuentran en el campo de la evolución económica y política general, otras causas concomitantes de índole ideológica: ya el breve período de tiempo en el que en Alemania existían de hecho los presupuestos reales para la cimentación y edificación de una sólida dictadura del proletariado, tuvo que ser necesariamente desaprovechado debido a que, en amplios círculos del proletariado revolucionario, incluido sus propios "Consejos" en funciones, había una falta casi total de auténtico conocimiento tanto de las bases organizativas cuanto de las tareas esenciales que tiene que cumplir un sistema revolucionario de Consejos.

**1-** La falta organizativa más importante consistió en que, la mayoría de las veces, los Consejos políticos no eran elegidos por los mismos proletarios reunidos por empresas y profesiones, como debería haber sido, sino por los partidos socialistas; y simultáneamente, se constituyeron por lo general de casi un día, se formó en cada lugar de Alemania un "Consejo Obrero" (¡hasta las pequeñas comunidades campesinas de carácter totalmente aproletario eligieron entonces su "Consejo Obrero" por una especie de mimetismo político...para proteger sus intereses comunales internos contra las injerencias del vecino "Consejo Obrero" urbano). Con todo, si posteriormente se hubiese clarificado y robustecido de una forma consecuyente la voluntad de auténtica constitución de Consejos, esa falta podría haberse subsanado muy bien durante los meses siguientes. Pero eso no ocurrió prácticamente en ningún sitio. Es cierto que algunos miembros desacreditados fueron "destituidos" y que otros románticos de la revolución, desengañados, abandonaron por propia iniciativa; sin embargo, la gran mayoría de miembros de los Consejos obreros político se "aferraron" a sus puestos, hasta que, más o menos por la fuerza de las circunstancias, vino a caer por tierra todo el esplendor de los Consejos.

**2-** Las gravísimas consecuencias que tuvo este desconocimiento de las tareas de los Consejos políticos, consistieron en que los Consejos "soberanos" se contentaron en muchas o quizá la mayoría de las veces con un "control" demasiado ineficaz, cuando en realidad deberían haber

reivindicado para sí plenos poderes en el orden legislativo, ejecutivo y judicial. Debido a esta autolimitación, no sólo se preparó ya la represión y eliminación posterior de los Consejos por parte de los nuevos órganos del poder estatal democráticamente constituidos, sino que, desde un principio, quedó intacta por completo una buena parte de los poderes y el derecho prerrevolucionarios. De este modo, tras un breve compás de espera, tanto los tribunales prerrevolucionarios y la antigua burocracia cuanto incluso un buen número de órganos legislativos del período prerrevolucionario pudieron proseguir sus antiguas actividades sin demasiadas molestias. Sólo el “Comité Ejecutivo” del gran Berlín (Berlín y extrarradio) intentó, mientras estuvo capacitado para ello, acabar limpiamente con los poderes antiguos; exigió plenos poderes legislativos y de control, y sólo dejó los “ejecutivos” para el “Consejo” de los seis “delegados populares”, encomendados ya a él por los comités de obreros y soldados del gran Berlín.

Por el contrario, la mayoría de las comunas urbanas y rurales se limitaron a darse por satisfechas con un mero control, incluso frente a las representaciones estatales y municipales “legislativas”. Así, los órganos de la Legislativa comunal (elegidos en Prusia, y en otros sitios también, según el derecho de sufragio de las tres clases!) acabaron no siendo abolidos, igual que los órganos legislativos tanto del Reich cuanto de todos los estados individuales mayores y de la mayoría (¡no todos!) de los pequeños, sino incluso reconocidos conforme a derecho; exactamente igual se procedió también frente a los órganos ejecutivos del Reich, del estado y de los municipios (Consejos regionales, presidentes de gobierno, etc.), llevándose a cabo destituciones puramente esporádicas e imperando por lo regular la actitud de restringir a cierto “control” de sus actividades, cada día más ineficaz; y exactamente igual se impuso una total desconfianza respecto a la “jurisdicción independiente”, dándose totalmente por satisfechos cuando, sólo durante el primer período, dicha jurisdicción no dio señales de vida. Junto a esta gran falta de claridad respecto al poder de los Consejos por parte de sus propios representantes locales, una gran cantidad de culpa en estos pecados de omisión le corresponde al “Consejo de delegados populares”, de inspiración hostil a los Consejos; e incluso el “Comité Ejecutivo” del gran Berlín, tan revolucionario más tarde, tampoco estuvo totalmente exento de culpa, toda vez que el 11 de noviembre de 1918 promulgó una disposición cuya primera frase decía: “Todas las autoridades comunales de los diversos Länder, del Reich entero y del ejército proseguirán en sus actividades”. Tal era la falta de claridad que, durante el primer período inmediatamente posterior al golpe de noviembre, imperaba sobre los cometidos esenciales

de la dictadura de los Consejos, incluso entre los más renombrados defensores de la idea revolucionaria del Consejo en Alemania.

3-. Otro desconocimiento de las tareas de los Consejos políticos que tuvo también fatales consecuencias en el período subsiguiente, consistió en que no se supo distinguir las tareas correspondientes a los Consejos políticos de las que competían a los Consejos económicos, división totalmente necesaria en el período de transición de un orden capitalista de la sociedad a un orden socialista. Muchos meses después de noviembre persistían sobre esta demarcación las mayores faltas de claridad, con lo cual el gobierno, la burguesía, el SPD, los sindicatos y otros enemigos abiertos o disfrazados del sistema de Consejos pudieran manejar a los Consejos obreros enfrentándolos en sus tareas económicas y políticas (así, por ejemplo, durante cierto tiempo, a comienzos de 1919, algunos miembros dirigentes del partido socialista de derechas exigieron a los Consejos se limitasen a tareas “económicas”, mientras que a la inversa, los dirigentes de los sindicatos socialistas de derechas pedían una restricción de los Consejos a tareas “políticas”). Toda esta evolución encontró su punto final en el artículo 165 de la Nueva Constitución del Reich, que junto a los Consejos obreros restringidos a tareas puramente económicas (Consejos de empresa, Consejos obreros territoriales, Consejos obreros del Reich), contemplaba también la existencia de unos Consejos económicos (Consejos económicos territoriales, Consejo económico del Reich) que podían sancionar y promover “proyectos legislativos socio-políticos y económico-políticos de gran envergadura”, y a los que igualmente podían conferírseles ciertas “atribuciones administrativas y de control”. Por consiguiente, en estas disposiciones de la Constitución del Reich encontró su expresión escrita no sólo el conjunto del sistema económico de Consejos, sino también todo aquello del sistema político de Consejos que, en la Alemania postrevolucionaria, pasó a ser institución legal

## II

Si seguimos ahora las vicisitudes del poder político en particular, podemos distinguir: 1) el período de los Consejos propiamente dicho, desde noviembre de 1918 hasta el Primer Congreso de Consejos del 16 de diciembre de 1918. A este período de dominio provisorio de los Consejos le sigue, tras las elecciones para la Asamblea Nacional del 18 de enero de 1919 y para la junta de la Asamblea Nacional del 6 de febrero de 1919 en

Weimar, 2) el período de lucha entre el principio democrático y el principio de Consejos. Este período tiene su conclusión con la recusación definitiva del sistema económico de Consejos por parte del gobierno, bajo la presión de la gran huelga general en las regiones de Renania, Westfalia, Alemania central y el gran Berlín, a fines de febrero y comienzos de marzo de 1919. A continuación viene, 3) el período de extinción de los residuos de instituciones políticas de Consejos, período que dura hasta finales de 1919 (¡el 8 de abril de 1919 tuvo lugar el Segundo Congreso de Consejos!) y 4) la supervivencia de la idea política de los Consejos, en otras formas, hasta la actualidad.

Estas cuatro fases consecutivas en la evolución política de los Consejos serán caracterizadas más detalladamente a continuación:

Durante el primer período, tanto la extrema derecha cuanto el centro, el SPD y la derecha del USPD, clamaron ciertamente de forma muy apremiante y ansiosa por la Asamblea Nacional. Pero a la vez se hizo sentir con gran vigor la idea de los Consejos: amplios círculos que alcanzaban hasta las más altas capas de la inteligencia y la propiedad, hablaron, escribieron y soñaron con el principio de los Consejos como principio orgánico y supremo, en contra del procedimiento mecánico de la democracia, consistente en voto por papeleta. Se llegó hasta fundar “Consejos obreros humanistas” y cosas semejantes. La soberanía de los Consejos fue entonces universalmente reconocida como entidad provisoria que durase hasta la constitución de una Asamblea Nacional.

A modo de instituciones, existieron en este período: *a)* el Consejo de delegados populares, elegido por los Consejos Obreros y de Soldados del gran Berlín, titulares de la Ejecutiva, y posteriormente también de la Legislativa; *b)* el Comité Ejecutivo del gran Berlín como Consejo obrero municipal; *c)* Consejos obreros territoriales ejecutivos, en todas las residencias de cada uno de los estados particulares; *d)* Consejos Obreros comunales; Consejos rurales y de la propiedad, en todas las comunidades urbanas y rurales.

Además de esto: *aa)* “Consejos Obreros” en todas las empresas grandes; en las grandes ciudades se reúnen en asambleas plenarias que eligen los comités ejecutivos y disponen obligatoriamente para éstos las resoluciones y líneas a seguir; *bb)* “Consejos de Soldados” en todas las formaciones militares, articulados y coordinados según unidades militares. Estuvieron representados en el Primer Congreso de Consejos, en el que pidieron tempestuosamente la Asamblea Nacional y en el que lograron para sí el reconocimiento de los llamados siete “Puntos de Hamburgo” sobre los poderes de comando\*. Más tarde, a comienzos de marzo de 1919, tuvieron también en Berlín su propio “Congreso general



del Reich de los Consejos de Soldados”. Poco después desaparecerían con bastante rapidez y casi sin dejar rastro, a una con la disolución de los restos del antiguo ejército.

\* Los “Puntos de Hamburgo” pedían que el poder de comando sobre el ejército y la marina fuera traspasado al Consejo de delegados populares bajo control del Consejo Central; que se suprimieran los distintivos de rango; que se prohibiera llevar armas fuera de servicio; que la responsabilidad sobre la fidelidad de las tropas se traspasara al Consejo de Soldados; que los jefes militares fueran nombrados por elección; que el ejército existente fuera suprimido; y que erigiese a la mayor brevedad una guardia del pueblo. El Congreso aprobó estos puntos. *K.K.*

El Primer Congreso de Consejos de 1918 (calificado por Däumig como “club de suicidas”) abandonó el poder político casi por completo. Decidió elecciones para una Asamblea Nacional que se celebraría el 19 de enero de 1919; hasta la fecha esa Asamblea, entregó la Legislativa y la Ejecutiva al Consejo de delegados populares, y eligió un “Consejo Central” limitado a pequeñas atribuciones de control poco menos que nulas, al estilo de los antiguos consejos centrales alemanes, y en el que no entraron ni los comunistas ni los independientes (lo que, como consecuencia, llevó también a la dimisión de los tres delegados populares del USPD). Este Consejo Central (compuesto por hombres del SPD, con Cohen-Reuss como presidente) fue arrastrando su existencia gris y anodina -como enseguida anticiparemos- hasta la transición de 1919 a 1920. Entregó solamente sus poderes para el Reich a la Asamblea Nacional del Reich reunida a comienzos de febrero, volvió a entregarlos a la Asamblea Nacional de Prusia reunida a mediados de marzo, pero siguió subsistiendo; convocó todavía el Segundo Congreso de Consejos, pero cedió en todo momento a la menor insinuación del gobierno, y procedió por propia iniciativa a una restricción de los Consejos, limitando sus tareas a lo puramente económico mediante la creación de “cámaras de trabajo” comunitario-laborales (que posteriormente fueron rechazadas por la Asamblea General del SPD y por la Asamblea Nacional de Weimar, y que hoy, sin embargo, han vuelto a experimentar una cierta resurrección en los actuales proyectos gubernativos sobre la constitución de Consejos económicos superiores, Consejos económicos territoriales y Consejo económico del Reich). Junto a este Consejo Central, siguió existiendo el “Comité Ejecutivo” revolucionario del gran Berlín (compuesto por el SPD, USPD, KPD, los demócratas; posteriormente también el USP y el KPD con Däumig, Müller, etc., como presidentes) a modo de organización más o menos ilegal, apoyada en la asamblea plenaria de los Consejos Obreros y de Soldados del gran Berlín, hasta que el 6 de noviembre de 1919 fue expulsado violentamente por las tropas de Noske del puesto que originariamente se le había adjudicado en el edificio del gobierno (pabellón 23), trasladándose, después de un breve período de actividades enteramente ilegales, a la Müntzstrasse, donde siguió trabajando como



“Central de Consejos”, habiendo pasado a ser hoy la “Central de Sindicatos del VKPD”.

### III

El 11 de enero de 1919 entró Noske en Berlín. ¡El 19, elecciones para la Asamblea Nacional! ¡Mayoría burguesa! A pesar de todo, las grandes oleadas de huelga general de febrero y marzo volviendo a tener un gran significado político tanto para cuestión de la socialización cuanto para la de los Consejos. Por este tiempo se mantuvieron en los periódicos políticos las polémicas más violentas sobre posibles acuerdos entre el “el sistema de Consejos y el sistema parlamentario- democrático”. Unos (la mayoría del USPD de entonces, algunos del SPD y algunos demócratas) querían “afincar a los Consejos en la constitución”, o sea, introducir junto al parlamento demócrata (como cámara de consumidores) otra cámara de productores de acuerdo con el principio de Consejos (cámara del trabajo); otros, individualmente (por ejemplo el comunista hamburgués Dr. Laufenberg), querían lo contrario, afincar el parlamento, como representación de los intereses burgueses, en el sistema de Consejos; e igualmente se dieron otras diversas posturas mediadoras (algunas de las cuales siguen rondando hoy por las mentes de no pocos, desapareciendo y reapareciendo a su debido tiempo). Sólo fueron partidarios consecuentes del sistema político de Consejos, como forma de gobierno de la dictadura del proletariado, el KPD, de reciente creación, y los sectores del USPD agrupados en torno a Däumig y a su revista *Der Arbeiterrat* (El Consejo Obrero). Pero los mismos partidarios de esta orientación revolucionaria de los Consejos acabaron haciendo muchas concesiones en la práctica, al objeto de mantenerse en vida como Consejos Obreros comunales y seguir siendo financiados por los medios públicos. Tales Consejos obreros comunales no sirvieron en nada a la idea revolucionaria de los Consejos, sino que más bien contribuyeron a desacreditarla. Estos “Consejos obreros políticos” no llevaron ya a cabo una labor “ilegal” planificada a gran escala; a lo sumo, pasaban a primer plano como portavoces de las exigencias revolucionarias, cuando la coyuntura política del momento parecía favorable, para volver a sumergirse de nuevo en cuanto bajaba el barómetro revolucionario. Por lo que se refiere a la revolución, su actividad práctica fue bastante fútil; la mayoría de las veces realizaban funciones mediadoras entre las autoridades y el público, abastecimiento de comestibles, carbón, viviendas, e incautaciones y hasta la formación de guardias cívicas, como órganos auxiliares. Las advertencias de los jefes de las centrales de

Consejos, para que se pusiese fin a este trabajo “positivo” infecundo para la revolución, y se pasase estrictamente a la agitación revolucionaria y a la preparación de acciones revolucionarias, no tuvieron por lo general efectos mayores de ninguna clase.

El Segundo Congreso de Consejos, el 8 de abril de 1919, no pudo variar ya el curso de esta evolución, y de hecho tampoco lo intentó, dado que el elemento revisionista, socialista-mayoritario y, por tanto, hostil también en el fondo a los Consejos, volvió a inclinar francamente el fiel de la balanza a favor de otras corrientes. Es cierto que el Consejo Central, que ya en enero había intentado declarar extintos los Consejos obreros comunales tras introducirse el derecho de sufragio comunal libre, fue encargado por una resolución de luchar por la conservación de los consejos obreros comunales como instancia de control. Pero estos últimos residuos de Consejos políticos perdieron sus miserables atribuciones casi en todas partes en el transcurso del año; en la mayoría de los casos su fin vino impuesto por el hecho de que dejaron de ser financiados por los medios públicos. Y en este escollo de la cuestión financiera naufragó también el débil intento del Consejo Central, en octubre de 1919, de convocar elecciones para un Tercer Congreso de Consejos.

A partir de aquí, el movimiento político de los Consejos se transformó totalmente en un movimiento económico de Consejos, sobre todo en la lucha por los Consejos de empresa. Al mismo tiempo, los partidarios del “movimiento puro de los consejos” (izquierda del USPD) siguieron durante mucho tiempo intentado oponer al sistema de Consejos de empresa aislados, creado por la legislación, una “organización revolucionaria de Consejos” (es decir, un conjunto orgánicamente articulado según grupos de industrias y comarcas económicas, de Consejos y funcionarios comarcales que, sin consideraciones de pertenencia al partido y de organización sindical, debían concebirse sólo en su peculiaridad de Consejos revolucionarios), y transfigurar esta organización de Consejos para que fuese portadora no sólo de la idea económica de los Consejos sino también de la política. Debería convertirse en una organización específica de clase del proletariado revolucionario, tanto a nivel económico como político. Pero este mismo ensayo, en el que el partido comunista dejó de participar muy pronto, sólo consiguió una significación práctica a título pasajero y únicamente en ciertos centros industriales (gran Berlín, Alemania central, Renania-Westfalia), y hoy día puede considerarse como fracasado. También fracasaron los intentos varias veces emprendidos por el KPD y grupos más de izquierda, con el fin de convocar a la clase trabajadora, “por encima de

las cabezas de los dirigentes de partidos y sindicatos”, a unas nuevas elecciones de Consejos obreros políticos revolucionarios en situaciones políticas que se considerasen apropiadas. Hoy día no existe ya en Alemania un “movimiento independiente de Consejos”. Los Consejos políticos han desaparecido por completo, los económicos existen sólo como representaciones legales de obreros (Consejos de empresa), que están bajo el influjo de los sindicatos, son elegidos la mayoría de las veces según el color del partido, y con frecuencia se aglutinan también en “fracciones” de acuerdo con sus pertenencias a los diversos partidos. Parlamentarismo, partido y sistema sindical han obtenido pues, externamente, una victoria total sobre el “sistema de Consejos” revolucionario, y sólo subterráneamente, en la conciencia de las masas sufrientes, sigue ardiendo también, junto a la idea de la revolución, el rescoldo de la idea del sistema revolucionario de Consejos, ligada a la anterior en una unidad insoluble. El día de la acción revolucionaria esta idea resucitará como el ave Fénix de sus cenizas.

Publicado en *Neue Zeitung für Mittelhüringen*, 3, Marzo de 1921.

## Quince tesis sobre el socialismo científico

*Análisis y complemento a la obra de Engels "Del socialismo utópico al socialismo científico".*

El socialismo científico (socialismo en tanto que ciencia) es la expresión teórica del movimiento del proletariado. Esto significa: a) que no es algo cerrado en sí mismo (ciencia o filosofía burguesas "sin presupuestos", "puras"), sino parte integrante de un proceso real, de un "movimiento" y, más exactamente, de una "acción": de la acción de la "clase oprimida", del "proletariado". Más detalles a este respecto en la primera parte (tesis 2-8); b) que es una parte integrante peculiar de este movimiento, algo especial dentro de este conjunto: expresión teórica, ciencia. Más detalles a este respecto en la segunda parte (tesis 9-15).

### **Primera parte: El socialismo como ciencia y el movimiento proletario**

#### **I**

El socialismo moderno es: a) por su contenido: en primera instancia el producto de una percepción de la oposición de clases y de la anarquía de la producción; b) por su forma: al principio la prosecución consecuente de las oposiciones teóricas previamente planteadas, y acto seguido la toma de contacto con (transformación, elaboración de) el "material ideológico encontrado".

#### **II**

Mientras el movimiento proletario siga "sin independizarse", mientras siga siendo una parte del movimiento emancipatorio burgués, la teoría socialista seguirá encerrada también en conceptos burgueses (de la época de la Ilustración): exigencia de razón y de justicia. Pero, igual que en la oposición entre feudalismo y burguesía se encierra ya en su contenido la oposición entre rico y pobre, y en todo gran movimiento burgués se dan asimismo "agitaciones independientes" de la clase proletaria, así también por su contenido, se expresan ya en este "socialismo utópico" una serie de intuiciones proletaria

#### **III**

El movimiento del proletariado, ya históricamente maduro, encuentra su expresión en una madura teoría científica (socialismo en tanto que ciencia). Esta ciencia socialista ya madura se desvincula incluso formalmente del modo de pensar y de los principios de la ciencia y

filosofía burguesas. Esa desvinculación se produce mediante el paso de una forma de pensar “metafísica” a otra “dialéctica”, de un principio “idealista” a otro “materialista”.

#### IV

Formas de pensar metafísica y dialéctica:

Marx y Engels, llaman metafísica a la concepción que, frente a los fenómenos de la realidad factual de la naturaleza, de la historia humana y de nuestra propia actividad espiritual, los elabora en conceptos y tesis individuales, y enfrenta dichos conceptos y tesis individuales al mundo como verdades absolutas.

Por el contrario, se llama dialéctica a aquella forma de pensar que concibe “al mundo histórico, natural y espiritual” como un “proceso evolutivo”, no existiendo ya, por tanto, para ella ninguna verdad absoluta. Esta forma de pensar fue desarrollada por primera vez en la filosofía burguesa del siglo XIX (de Kant a Hegel)

#### V

Principios idealista y materialista:

1. En la filosofía burguesa, el uso de la forma de pensar dialéctica permanece ligado a una concepción idealista de la historia universal. El acontecer del mundo es concebido como evolución de una idea previamente existente (Dios).

2. En el socialismo, en vez de este principio idealista aparece un principio materialista de intelección de la historia (concepción materialista de la historia).

3. Mediante la concepción materialista de la historia, el socialismo viene a situarse sobre una “base real”. Evoluciona de la utopía a la ciencia.

#### VI

Las consecuencias más importantes de la concepción materialista de la historia son las siguientes: *a)* la producción material constituye la base todo el proceso de la vida de la sociedad; *b)* la evolución histórica de la vida de la sociedad se lleva a cabo bajo la forma de la lucha entre las clases creadas por la evolución económica; *c)* el socialismo es el producto necesario de la lucha de la clase proletaria contra la burguesía.

#### VII

De acuerdo con esto, la tarea del socialismo científico no consiste ya en criticar el orden actualmente existente en la sociedad, sino en explicarlo. No consiste ya en imaginarse un sistema lo más perfecto posible para la sociedad, sino en concebir en su necesidad el origen, evolución y

hundimiento del orden actual de la sociedad. De este modo, la teoría socialista cumple una tarea parcial de primer orden dentro del movimiento proletario de clases. Produce las formas en las que el proletariado llega a conocer su vocación histórica y a tomar conciencia de las condiciones y naturaleza de su propia acción de clase.

## **Segunda Parte: El socialismo como ciencia y las demás ciencias.**

### **VIII**

La ciencia constituye de entrada una parte de la llamada producción espiritual en general. La producción espiritual, a su vez, constituye, junto a la “producción material” en sentido estricto y la “producción de los condicionamientos sociales”, una parte real del conjunto de la producción social.

### **IX**

Igual que todas las demás partes del conjunto de la producción social (producción material y producción de los condicionamientos sociales), la llamada producción espiritual (producción espiritual en general y producción científica) ha de concebirse también como una reproducción continuada.

### **X**

Las diversas ramas de la producción científica (ciencias de la naturaleza, ciencias sociales, ciencias llamadas del espíritu) se hallan conectadas con la producción material en parte directa y en parte sólo indirectamente.

### **XI**

Determinadas ciencias (tecnología, ciencias de la naturaleza, matemáticas) se hallan conectadas con la producción material directamente; por ejemplo, la reproducción continuada de determinados conceptos y proposiciones requiere cálculos, observaciones y experimentos.

Otras ciencias (ciencias sociales) sólo están conectadas con la producción material de un modo indirecto. Están conectadas directamente con la producción (y reproducción) de los condicionamientos sociales y superestructurales que dimanar de la producción material, y en los que esta producción material se consume.

Un tercer grupo (las llamadas ciencias del espíritu) no se conecta directamente ni con la producción material ni con la producción de condicionamientos sociales. Sólo se conecta directamente con la llamada producción espiritual general.

## XII

Todas las conexiones aparecen bajo formas distintas en los diversos estadios de la evolución de las fuerzas productivas sociales (unidad natural, diferenciación, integración). Su forma actual está esencialmente determinada por el desdoblamiento de la producción que ha tenido lugar en todos los compartimentos del conjunto de la producción social: por una parte la producción de medios de producción, por otra la producción mediante medios de producción producidos. Las ciencias de la naturaleza están en conexión con la producción de instrumentos para la producción de condicionamientos sociales (por ejemplo, el Estado, la iglesia, otras “organizaciones”). Las llamadas ciencias del espíritu están igualmente en conexión con la producción de instrumentos para la producción espiritual (por ejemplo, conceptos, figuras, cifras, leyes).

## XIII

Igual que los productos materiales, también los condicionamientos sociales (condicionamientos de producción y superestructura) y los llamados productos espirituales se reproducen con el progreso de las fuerzas productivas sociales, no bajo formas invariantes sino variantes. En el estadio evolutivo actual, este proceso de variación y transformación tiene también él mismo sus maquinarias especiales (por ejemplo, los partidos) y una ciencia especial (ciencia de “lo que debe ser”: producción de “ideas”).

## XIV

Según la concepción burguesa de las ciencias, la concepción científica en general (como ciencia “pura”, “sin presupuestos”) y especialmente la ciencia de “lo que debe ser” (ideas) parecen independientes de la producción material y de los restantes compartimentos del conjunto de la producción social. Sobre esta concepción descansa la “forma utópica” del socialismo, con su forma de pensar “metafísica” y su principio “idealista”.

## XV

Según la concepción proletaria de las ciencias, la ciencia de “lo que debe ser” (ideas) está condicionada, igual que cualquier otra producción científica o espiritual, por el correspondiente grado de evolución de la producción material y de los restantes compartimentos del conjunto de la producción social. Sobre esta concepción descansa la “forma científica” del socialismo, con su forma de pensar “dialéctica” y su principio “materialista”.

1923.



## Tesis sobre Hegel y la revolución (1931)

### I

La filosofía hegeliana y su método dialéctico no puede comprenderse sin tener en cuenta su relación con la revolución.

- 1º) Históricamente, procede del movimiento revolucionario de su época.
- 2º) Ha llevado a cabo la tarea de traducir a pensamiento dicho movimiento.
- 3º) El pensamiento dialéctico es revolucionario también en su forma:
  - a) desvinculándose de lo inmediatamente dado —ruptura radical con lo existente—, poniéndose "patas arriba" —para comenzar de nuevo;
  - b) principio de oposición y de negación;
  - c) principio de cambio y de desarrollo incesantes: "salto cualitativo".
- 4º) Una vez que la tarea revolucionaria queda al margen y la nueva sociedad está establecida, el método dialéctico revolucionario desaparece inevitablemente de su filosofía y de su ciencia.

### II

No se puede hacer una crítica de la filosofía hegeliana y su método dialéctico sin considerar su relación con el carácter histórico concreto del movimiento revolucionario de su época.

- 1º) No se trata de una filosofía de la revolución en general, sino de la revolución burguesa de los siglos XVII y XVIII.
- 2º) Incluso como filosofía propia de la revolución burguesa, no expresa todo el proceso de esta revolución, sino solo su conclusión final. En ese sentido no es una filosofía de la revolución, sino de la restauración.
- 3º) Esta doble determinación histórica de la dialéctica hegeliana aparece en forma de una doble limitación del carácter revolucionario:
  - a) A pesar de la disolución dialéctica de todos los elementos permanentes, la dialéctica hegeliana aboca a una nueva fijación al "absolutizar" el método dialéctico mismo y, con él, todo el

contenido dogmático del sistema filosófico hegeliano edificado sobre él.

b) El filo revolucionario contenido en el enfoque dialéctico se curva sobre sí mismo hasta "cerrar el círculo", es decir, hasta restablecer conceptualmente la realidad inmediata, reconciliándose con esa realidad y glorificando las condiciones existentes.

### III

El intento de Marx y Engels primero y de Lenin después de "salvar" el arte del pensamiento dialéctico, trasplantándolo desde la filosofía idealista alemana a la concepción materialista de la naturaleza y de la historia, desde la teoría revolucionaria burguesa a la teoría revolucionaria proletaria, aparece solamente como un paso transitorio, tanto desde el punto de vista histórico como desde el punto de vista teórico. Lo que se ha conseguido no es una teoría de la revolución proletaria desarrollada sobre bases propias, sino una teoría de la revolución proletaria emergente de una revolución burguesa. Por lo tanto, una teoría marcada en todos sus aspectos, en cuanto a contenido y método, con las señas del jacobinismo, o sea, de la teoría revolucionaria de la burguesía.

Traducido a partir de la versión inglesa de Douglas Kellner (*Karl Korsch revolutionary theory*, University of Texas Press, 1977, pp. 277-278) y la versión francesa de Maximilien Rubel y Louis Evrard (*Marxisme et philosophie*, París: Les Editions de Minuit; 1964).

## El marxismo y las tareas actuales en la lucha de clases proletaria

*La revolución (proletaria)... debe dejar que los muertos entierren a sus muertos, para acceder así a la conciencia de su propio contenido.*

Lo que Geoffrey St. Hilaire dijo de Darwin vale también para Karl Marx: que su destino y su gloria fueron haber tenido sólo precursores y discípulos. A su lado, ciertamente, caminó un amigo de toda su vida, espíritu sintonizado y colaborador suyo: Friedrich Engels. En la generación siguiente aparecieron los abanderados del ala “revisionista” y el ala “ortodoxa” del partido marxista alemán, Bernstein y Kautsky, y, junto a estos pseudo-maestros, otros científicos marxistas auténticos, como el italiano Antonio Labriola, el francés Georges Sorel y el filósofo ruso Plejánov. Ya más tarde, se produjo una restauración plena de las facetas revolucionarias, olvidadas hacía tiempo, del pensamiento marxista, restauración que fue llevada a cabo por Rosa Luxemburg en Alemania y Lenin en Rusia.

En el mismo período, el marxismo fue recibido por millones de obreros de todo el mundo como guía de su actuación práctica. Hubo una serie impresionante de organizaciones: desde la secreta “Liga de los Comunistas” de 1848 y la “Asociación Internacional de Trabajadores” de 1864, hasta la aparición de poderosos partidos socialdemócratas en todos los países europeos importantes, y la coordinación final de la moderna actividad internacional de estos partidos en la llamada II Internacional del período de anteguerra, que, tras su bancarrota, experimentó una resurrección definitiva bajo la forma de un partido comunista que lucharía a escala mundial.

Durante este tiempo de expansión cuantitativa no hubo, sin embargo, una evolución correspondiente de la propia teoría marxista, que fuese más allá de aquellas poderosas ideas contenidas ya en el primer modelo de la nueva ciencia revolucionaria construida por Marx.

Hasta fines del XIX fueron muy pocos los marxistas que percibieron este estado de cosas como un problema. Incluso cuando los primeros ataques del llamado “revisionismo” llevaron a lo que un sociólogo burgués radical, que luego sería primer presidente de la República Checoslovaca, Th. G. Masaryk, calificó de “*crisis filosófica y científica del marxismo*”, los marxistas consideraron que las circunstancias que estaban produciéndose en su campo no eran más que una lucha entre una fe

marxista “ortodoxa” y una deplorable “herejía”. El carácter ideológico de esta identificación global de una doctrina existente con la lucha revolucionaria de la clase obrera siguió intensificándose por el hecho de que los representantes rectores de aquella ortodoxia marxista (incluidos Kautsky en Alemania y Lenin en Rusia) se empeñaron en negar la posibilidad de que pudiera surgir jamás, a título independiente, una conciencia verdaderamente revolucionaria entre el mundo obrero. Los objetivos políticos revolucionarios, decían, tendrían que ser introducidos en la lucha económica de clases de los trabajadores “desde fuera”, es decir, mediante el trabajo teórico de pensadores burgueses radicales “que dominaran toda la cultura de su época”, como Lasalle, Marx y Engels. De este modo, la identidad de una doctrina producida por la burguesía con todas las luchas revolucionaria de la clase proletaria, tanto presentes como futuras, llegó a poseer el carácter de un auténtico milagro. Ni siquiera aquellos marxistas más radicales que le reconocieron abiertamente a la evolución espontánea de la lucha de clases proletaria el haber superado los limitados objetivos de las burocracias dirigentes de los sindicatos y partidos socialdemócratas de entonces, pensaron ni por asomo en negar esta armonía preestablecida entre la doctrina marxista y el movimiento proletario real.

Como dijo en 1903 Rosa Luxemburg, y repitió en 1928 el bolchevique Riazánov, *“toda fase evolutiva nueva y superior en la lucha de clases proletaria puede extraer siempre del arsenal inagotable de la teoría marxista las nuevas armas que en cada momento vaya necesitando el nuevo estadio de la lucha emancipadora de la clase obrera”*.

Queda fuera de los límites de este artículo el discutir los aspectos generales de esta peculiar teoría de los marxistas sobre el origen y evolución de su propia doctrina revolucionaria; teoría que, en último término, apunta a negar la posibilidad de una cultura propia e independiente de la clase proletaria. Aludimos a ella en este contexto sólo porque nos encontramos aquí con una de las muchas contradicciones que se apresuran a deglutir quienes, en abierta oposición con el principio crítico y materialista de Marx, tratan al marxismo como una teoría sustancialmente concluida y ahora inmutable.

Otra dificultad ulterior para esta actitud cuasi-religiosa frente al marxismo proviene de que la teoría marxiana nunca fue asumida por ningún partido o grupo social en su conjunto. El “marxismo ortodoxo” no fue nunca más que una actitud formal por la que el grupo dirigente del partido socialdemócrata de anteguerra intentó ocultarse a sí mismo el progresivo colapso de su antigua praxis revolucionaria. Fue sólo esta diferencia en el modo de comportarse la que distinguió a la forma

“ortodoxa” solapada de la forma revisionista de adaptación de la doctrina marxiana tradicional a las nuevas “necesidades” del movimiento obrero producidas por las condiciones transformadas de un nuevo período histórico.

Cuando Lenin, en la tempestad y en la tensión de la lucha revolucionaria de 1917, frente a una *“revolución proletaria que claramente maduraba hacia un ámbito internacional”*, se planteó la tarea de reformular las teorías marxianas sobre el estado y las tareas del proletariado en la revolución, estuvo muy lejos de contentarse con una simple defensa ideológica de la interpretación aparentemente ortodoxa de la verdadera teoría marxiana. Partió, por el contrario, de que el marxismo revolucionario había sido totalmente destruido y abandonado tanto por la minoría de oposición cuanto por la mayoría francamente socio-chauvinista de todos los sindicatos y partidos “marxistas” de la finiquitada II Internacional. Declaró abiertamente que el marxismo estaba muerto, y exigió una completa “restauración” del marxismo revolucionario.

El marxismo revolucionario, tal como fue restaurado por Lenin, condujo sin duda a la clase trabajadora hacia su primera victoria histórica. Este hecho ha de ser subrayado no sólo frente a los calumniadores pseudo-marxistas del “bárbaro” comunismo de los bolcheviques, enemigo del socialismo “refinado” y “cultivado” de Occidente; ha de ser subrayado también frente a quienes se aprovecharon entonces de la victoria revolucionaria de los trabajadores rusos, y gradualmente fueron pasando del marxismo de los primeros años a una fe no ya comunista ni sólo “socialista” y democrática, llamada stalinismo. De igual forma, y a nivel internacional, una coalición meramente “antifascista” de frentes unitarios, frentes populares y frentes nacionales vino a ocupar poco a poco el puesto de la lucha de clases revolucionaria, que mantenía el proletariado contra todo el sistema social y política de la burguesía, tanto en los países “demócratas” como en los fascistas, tantos en los “pro-rusos” como en los anti-rusos.

Habida cuenta de esta evolución posterior de la obra de Lenin, no puede sostenerse por más tiempo que la restauración de los principios originales del marxismo, tal como fueron propugnados por Lenin y Trotsky durante la guerra y en el período siguiente, haya llevado a un resurgimiento real y sin adulteraciones del movimiento proletario revolucionario, ligado en el pasado al nombre de Marx. Durante un período limitado, pareció en efecto que el verdadero espíritu del marxismo revolucionario se había trasladado al Este. Las contradicciones incalculables que se pusieron de manifiesto tanto en la política como en

la economía del partido revolucionario dominante de la Rusia Soviética, fueron consideradas únicamente como el resultado del triste hecho de que “la revolución proletaria internacional”, esperada por Lenin y Trotsky, no llegó a madurar. Sin embargo, a la luz de otros hechos posteriores, no existe ninguna duda de que el marxismo soviético, en cuanto teoría proletaria revolucionaria orientada a una praxis, compartió a fin de cuentas el destino de aquel marxismo “ortodoxo” de Occidente del que había dimanado y del que se había desgajado sólo en razón de los condicionamientos revolucionarios de la guerra y del auge revolucionario en Rusia. Cuando finalmente, en 1933, debido a la victoria irrefrenable lograda por el nacional-socialismo contrarrevolucionario en el centro tradicional del socialismo revolucionario internacional, se puso de manifiesto que el marxismo “*no mantenía lo prometido*”, este juicio se extendió hasta abarcar tanto a los comunistas orientales como a la iglesia socialdemócrata-marxista de Occidente. Los frentes divididos venían a unirse a fin en una derrota común.

Para llegar a entender el verdadero significado de otras consecuencias capitales de esta importantísima doctrina de la historia inicial del marxismo, habremos de examinar el carácter dual de la “*dictadura revolucionaria de la clase proletaria*” que han puesto ampliamente de manifiesto los últimos acontecimientos tanto a escala internacional cuando referentes a la Rusia stalinista contemporánea, y perseguido retrospectivamente hacia sus fuentes, hacia una dualidad originaria, como se muestra ya en las diversas facetas de la propia obra de Marx, en cuanto teórico proletario y en cuanto dirigente político del movimiento revolucionario de su tiempo. Por una parte, Marx se hallaba, ya en 1843, en estrecho contacto con las manifestaciones más progresistas del comunismo y socialismo francés. Junto con Engels fundó en Bruselas el *Deutscher Arbeiterbildungsverein* (Unión Alemana de Formación Obrera).

Asimismo, fundó una organización internacional, el Comité Comunista de Informadores. Poco más tarde, los dos entraron en la primera organización internacional del proletariado militante, la “Liga de los Comunistas”, por cuyo encargo escribieron el famoso *Manifiesto* en que declararon al proletariado como “*clase realmente revolucionaria*”.

Por otra parte, en cuanto editor de la *Neue Rheinische Zeitung* (Nueva Gaceta Renana), Marx defendió, sobre todo durante la revolución de 1848, los postulados del ala más radical de la democracia burguesa. Luchó por el mantenimiento de un frente unitario entre el movimiento revolucionario-burgués de Alemania y las formas más progresistas con que estaba llevando ya a cabo en los países industrialmente desarrollados

de Occidente la lucha por unos objetivos directamente socialistas. Escribió un artículo significativo e impresionante para defensa del proletariado parisino tras su aniquiladora derrota en junio de 1848; pero no publicó en su periódico los postulados especiales del proletariado alemán hasta pocas semanas antes de su represión definitiva por parte de la contrarrevolución de 1849. Entonces, incluso, expuso el asunto de los trabajadores de una manera más bien abstracta, reimprimiendo en la *Neue Rheinische Zeitung* las lecciones científicas sobre *Trabajo asalariado y capital* que había pronunciado ya dos años antes en la Unión de Formación Obrera de Bruselas. De modo similar, sus colaboraciones de los años 1850 y 1860 para el *New York Daily Tribune* de Horace Greeley, para la *New American Cyclopaedia* de George Ripley y Charles Dana, en sus publicaciones cartistas en Inglaterra y en los periódicos alemanes y austríacos, Marx se manifestó sustancialmente como portavoz de la política radical- demócrata que, tal como él esperaba, conduciría finalmente a la guerra del Occidente democrático contra la Rusia zarista reaccionaria.

La explicación de esta evidente dualidad hay que buscarla en la estructura jacobina de la teoría revolucionaria que Marx y Engels habían adoptado antes de la revolución de febrero de 1848, y a la que siguieron ateniéndose en conjunto incluso después de que el resultado de dicha revolución quebrantase sus antiguas y animosas esperanzas. Aunque vieron la necesidad de adaptar la táctica a los condicionamientos históricos modificados, su teoría de la revolución siguió manteniendo, incluso en su forma materialista última y más avanzada, el carácter especial del período de transición en que la clase obrera seguía estando obligada a recorrer la etapa intermedia de una revolución fundamentalmente política para llegar a la revolución social.

Es cierto que los efectos políticos revolucionarios de la lucha económica de los sindicatos y de otros organismos defensores de los intereses inmediatos y específicos de los trabajadores, fueron creciendo en importancia para el Marx de la edad madura. Lo demuestra su función rectora en la organización y dirección de la AIT durante los años sesenta y sus aportaciones a la estrategia y a la táctica de diversos partidos obreros nacionales durante los años setenta. Pero las luchas que se produjeron en el seno de la Internacional contra los seguidores de Proudhon y Bakunin muestran también a las claras que ni Marx ni Engels abandonaron nunca en realidad sus convicciones anteriores respecto al significado decisivo de la política como única forma consciente y plenamente desarrollada de la acción revolucionaria de clases. Entre la cautelosa clasificación de la acción política como medio subordinado al



fin último de la *“emancipación económica de la clase trabajadora”*, tal como aparece en los estatutos de la AIT de 1864, y la proclamación abierta, hecha ya en 1849 por el Manifiesto Comunista, de que *“toda lucha de clases es una lucha política”*, y que la *“organización de los proletarios en una clase”* es paralela a su organización en *“partido político”*, sólo existe una diferencia en lo tocante a formulación. Marx, por tanto, definió siempre su concepción de clase a base de conceptos políticos en última instancia, y con los hechos, aunque no con sus palabras, subordinó las diversas actividades de las masas, en su lucha de clases cotidiana, a aquellas otras actividades que, en interés de las masas, eran ejercidas por los dirigentes políticos.

Con más claridad aún se muestra esto en las raras y peculiares situaciones en que Marx y Engels, en los años posteriores de sus vidas, vuelven a tomar parte activa en el proceso revolucionario real. Como prueba, citemos la reacción de Marx frente a la comuna revolucionaria de los obreros parisinos; igualmente la postura abiertamente inconsecuente y positiva de Marx y Engels frente a los intentos totalmente idealistas de la revolucionaria Narodnaia Volia por forzar, mediante acciones terroristas, la erupción de una revolución política, y por tanto también social en las condiciones reaccionarias de la Rusia zarista de los años setenta y ochenta. Como hemos mostrado detalladamente en un artículo anterior, Marx y Engels no sólo estuvieron dispuestos a considerar la inminente erupción revolucionaria de Rusia como señal para una revolución europea generalizada de tipo jacobino, de la que podría decirse, como en 1885 escribía Engels a Vera Zassulitsch: *“...si allí el 1789 tuvo una vez su comienzo, el 1793 no se hará esperar”*. Aplaudieron de hecho la revolución rusa y paneuropea como una revolución obrera y como un punto de partida para el desarrollo comunista.

No tiene sentido la objeción que plantean los mencheviques y otras escuelas de la ortodoxia marxista tradicional de tipo occidental, respecto a que el marxismo de Lenin no fue en realidad sino el retorno a una forma anterior del marxismo de Marx, que con posterioridad fue sustituida por otra forma más materialista y madura. Es totalmente correcto que la gran semejanza de la situación histórica de Rusia a comienzos del siglo XX con las condiciones existentes en Alemania, Austria, etc., la víspera de la revolución de 1848, explica el hecho, inexplicable de otro modo, de que la fase primera de la evolución revolucionaria de nuestro tiempo pueda presentarse bajo la forma paradójica de un retorno ideológico al pasado. Sin embargo, el marxismo revolucionario, *“tal como Lenin lo restauró”*, estuvo en su contenido puramente teórico mucho más de acuerdo con el verdadero espíritu de todas las fases históricas de la teoría marxiana, que

lo que pudo estarlo el marxismo socialdemócrata del período precedente, que, a pesar de su tan cacareada ortodoxia, nunca fue más que una forma mutilada y desfigurada de la teoría marxiana, una forma que vulgarizó el contenido auténtico del marxismo y lo desposeyó de su garra revolucionaria. Por esta razón, precisamente, el experimento de “restauración” del marxismo efectuado por Lenin confirmó de la manera más convincente la esterilidad total de todos y cada uno de los esfuerzos por desarrollar la teoría de la acción revolucionaria de la clase obrera no *desde su propio contenido* sino desde un “mito”. El experimento muestra sobre todo lo ideológicamente equivocado de la idea de eliminar las deficiencias existentes de la acción actual mediante el retorno imaginario a un pasado mistificado.

Tal resurrección de una ideología revolucionaria muerta podrá servir quizá durante cierto tiempo - como lo ha mostrado la revolución rusa - para ocultar a los autores del “octubre” revolucionario los límites históricos de su heroica gesta. Pero, en definitiva, no puede llevar a restaurar la conciencia de aquel movimiento revolucionario pasado. En nuestra época el resultado ha sido una forma nueva y “revolucionario-marxista” de opresión y explotación de la clase obrera en la Rusia Soviética, a la par que una forma nueva y “revolucionario-marxista” de aniquilación de movimientos realmente revolucionarios en España y el mundo entero.

Todo esto muestra a las claras que el marxismo sólo puede ser “restaurado” hoy en su forma originaria mediante su transformación en una mera ideología que esté al servicio de un objetivo completamente distinto, al servicio incluso de toda una escala de objetivos políticos variables. Para lo que sirve de momento, es para encubrir ideológicamente la decadencia de la función dirigente del partido en el poder, y para enmascarar el alza del poderío personal cuasifascista de Stalin y de su democracia superacomodatícia. Simultáneamente, el papel que desempeña en el escenario internacional la llamada política antifascista del Komintern “marxista” en las luchas entre los diversos grupos de poderes capitalistas aliados, es el mismo que el observado por su antagonista, la política internacional “anticomunista” y “antimarxista” del régimen de Hitler, de Mussolini y de los *warlords* japoneses.

No debe olvidarse que en toda la crítica desarrollada hasta aquí sólo se hace referencia a los esfuerzos ideológicos de los últimos cincuenta años por “mantener” o “restaurar” una “doctrina revolucionario-marxista” totalmente mistificada, orientada a una aplicación inmediata. Nada de lo dicho en este artículo se dirige contra los resultados científicos alcanzados por Marx y Engels y alguno de sus seguidores en diversos campos de la

investigación social, válidos todavía en muchos de sus aspectos. Sobre todo, nada en este artículo va contra ese movimiento que, en un sentido muy amplio, puede llamarse movimiento marxista, es decir, revolucionario e independiente, de la clase obrera internacional. A la búsqueda de lo que, en el actual estado de letargo, quede aún vivo del movimiento obrero revolucionario, o pueda ser resucitado, parece haber buenas razones para “volver de nuevo” a aquella tolerancia práctica y no sólo ideológica, con que la primera “Asociación Internacional de Trabajadores” marxista (y a la vez proudhoniana, blanquista, bakuninista y sindicalista, etc.) acogió de buen grado entre sus filas a todos los obreros que reconocieran el principio básico de la lucha de clases proletaria e independiente.

Como se dice en la primera de sus reglas, formulada por Marx, “*la emancipación de la clase obrera debe ser conquistada por la clase obrera misma*”.

Publicado en *Living Marxism*, 4/4 115, 1938.

## La postura de Marx en la revolución europea de 1848

*Podría decirse que sólo con la contrarrevolución de Alemania viene a demostrarse la plena existencia histórica de la revolución<sup>1</sup>.*

Como en la primera guerra mundial de 1914-1918, también en la segunda y hasta en el presente se sigue acusando a los alemanes de no haber sido democráticos. No sólo a los alemanes de Hitler, sino a todos los alemanes; y no sólo ahora, sino desde antiguo; ni tampoco sólo en sus manifestaciones externas, sino en su esencia misma.

Desde el punto de vista histórico, esta acusación no contiene nada que, desde hace cien o ciento cincuenta años, no haya sido dicho constantemente y de las formas más diversas por todo buen europeo. Ahí están los grandes pregoneros idealistas de una educación progresista del género humano y de una nueva concepción de la historia como evolución hacia la libertad y la belleza, la razón, la ciudadanía universal y la paz perpetua. A esta primera generación de los Lessing, Kant, Klopstock y Schiller, que conectan con la Ilustración inglesa y francesa, y siguen desarrollando independiente y admirablemente sus propias ideas y virtualidades, le sucede la generación de los pensadores absorbidos directamente por el gigantesco acontecimiento de la revolución francesa, en cuyos sistemas, según frase de Hegel, *“la revolución se decanta y expresa como en forma de idea”*. Esta evolución filosófica que en Alemania duró hasta 1840 sin solución de continuidad, respondió de hecho, en el ámbito del espíritu propagado más allá de Waterloo y Versalles, a una forma de proceso histórico-universal por el que los tribunos, gobernantes y generales de la revolución francesa, los Brissot, Danton, Robespierre y Napoleón, no sólo establecieron en Francia la moderna sociedad burguesa, sino que le proporcionaron a ésta un entorno adecuado y puesto al día más allá de las fronteras francesas, en el continente europeo. Y ningún crítico de Occidente ni del Este debería hacerle precisamente a esta generación de poetas y pensadores alemanes, tan profunda y palpablemente imbuidos del espíritu de la revolución francesa, el reproche de que algunas de sus mejores figuras vinieran a compartir después su entusiasmo con el desencanto que, tras la victoria de la revolución, se propagó por todos los países de Europa, igual, por otra parte, que en Francia misma. La sociedad burguesa nacida de la revolución, en su sobria realidad, vino a contradecir en gran medida tanto las elevadas ideas que de sus resultados se habían formado sus

---

<sup>1</sup> V. Valentin, *Geschichte der deutschen Revolution von 1848-49* II, Berlin 1931, 548.

participantes y espectadores entusiastas, cuando el heroísmo, el sacrificio, los horrores, la guerra civil y las matanzas populares que había necesitado para venir al mundo. Así, no es de extrañar que también nosotros en Alemania, país extraordinariamente afectado por la revolución francesa, junto a la fervorosa adhesión a “las ideas de 1789 y 1793” no tardásemos tampoco en percatarnos de aquel atroz retroceso que, con las etiquetas de romanticismo político, legitimismo, glorificación de ideas e instituciones medievales, irracionalismo básico, “teoría orgánica del estado” y “escuela histórica”, retornaba por doquier asestando su carga negativa y crítica contra aquellas mismas ideas que, muy poco antes, había sido acogidas con el máximo enardecimiento por algunos de los espíritus rectores de este nuevo movimiento. A la hora de enjuiciar las formulaciones que se producen en ésta época —que precisamente ahora vuelven a ser consideradas con particular predilección como prueba de la naturaleza radicalmente antidemocrática del espíritu alemán—, no debe olvidarse que éste fue el tiempo en que Francia imperó la restauración de los Borbones, en Inglaterra persistió sin interrupciones hasta la era de la reforma de 1830-1846 una tendencia hostilmente enfrentada ya desde sus comienzos a la revolución de 1789 y a su ideario, y, en el continente, la “Santa Alianza” formada por todas las potencias europeas a excepción de Turquía y apoyada asimismo por Inglaterra, reprimía violentamente cualquier expansión de las ideas y movimientos generados por la revolución francesa.

A partir de esta base histórica es como hay que investigar la cuestión de cuáles fueron las fuerzas que sustentaron, de 1830 en adelante, la revolución y el desarrollo posterior de los principios democráticos en el continente europeo, qué dificultades especiales hubo de superar, y qué distorsiones peculiares se le impusieron al progreso democrático en razón de esos condicionamientos. Sólo así puede entenderse cómo ha podido ocurrir que hasta el cambio de siglo no se lograra en Alemania una victoria clara y total de la democracia, no ya vacilante ni revocable. Si en Francia a la revolución le siguió la restauración, a los nuevos movimientos revolucionarios de 1830 y 1848 la dictadura bonapartista, y finalmente, hasta fines de siglo, a la aparente victoria de los republicanos en el affaire Dreyfuss le sucedió inmediatamente un contra-movimiento de reacción militar, monárquica y clerical mucho más fuerte y extenso, precursor en muchos aspectos del fascismo alemán, la débil y en definitiva insuficiente evolución de las fuerzas democráticas de Alemania durante ese período no se manifiesta ya como un fenómeno específicamente alemán, sino sólo como forma particular de una evolución europea generalizada.

Comparadas con aquellas grandes revoluciones europeas por las que la

Inglaterra y Francia de los siglos XVII y XVIII experimentaron una total revulsión de estado y sociedad a base de cruentas guerras prolongadas durante décadas, las revoluciones de los siglos XIX y XX aparecen como una forma atrofiada y desfigura de “la” revolución. El mismo Karl Marx, que criticó con demoledora ironía el anclaje ideológico de los revolucionarios del XIX en las gloriosas tradiciones del pasado, llegaría poco más tarde, cuando él mismo participaba en la revolución alemana de 1848, a ser presa contigua de las mismas concepciones tradicionales. A esta única revolución democrática del siglo XIX no le opuso el programa de la revolución social o socialista, con objetivos más lejanos que los burgueses, como hubiera cabido esperar de su independencia respecto de la diletante visión burguesa de la revolución, mantenida por él en sus años de docencia política y de la que se liberó tras una evolución crítica y dura. Por el contrario, se contentó con poner en todo momento delante de esta nueva revolución burguesa el glorioso modelo de la revolución francesa de 1789, y en particular su fase jacobina de 1793-1794, para esforzarse en imitarlo.

Como botón de muestra, citaremos aquí algunos párrafos tomados de la *Neue Rheinische Zeitung* del 11 de diciembre de 1848, que subrayan con particular claridad este carácter de la crítica marxiana a la revolución de 1848. En este artículo, Marx expone primero en vivas pinceladas la magnitud histórica de las revoluciones de 1648 y 1789. Fueron éstas

*“no unas revoluciones inglesa ni francesa, sino unas revoluciones al estilo europeo. No fueron la victoria de una determinada clase de la sociedad frente al orden político antiguo; fueron la proclamación del orden político para la nueva sociedad europea”.*

De todo eso, nada encontramos en la revolución prusiana de marzo...Lejos de ser una revolución europea, fue sólo la atrofica repercusión de una revolución europea en un país que se había quedado atrás...La revolución prusiana de marzo no fue ni siquiera nacional, alemana; desde sus comienzos fue provincial, prusiana. Los levantamientos de Viena, Kassel, Munich y de toda suerte de provincias se apresuraron a sumársele, convirtiendo así su rasgo en tema de controversia...La burguesía prusiana no fue, como la francesa de 1789, aquella clase que representaba el conjunto de la sociedad moderna frente a los representantes de la antigua, la monarquía y la nobleza. Se reducía a una especie de estamento..., un estrato aún entero del antiguo estado, arrojado a la superficie del nuevo por un terremoto, gruñendo contra arriba, temblando frente abajo, egoísta hacia ambas partes y consciente de su egoísmo, revolucionario contra los conservadores, conservador contra los revolucionarios, receloso de sus propias consignas, fraseología

en vez de ideas, zarandeado por la tormenta internacional, explotador de esta tormenta..., sin iniciativa, sin fe en sí mismo, sin fe en el pueblo, sin vocación histórica universal; un maldito viejo que se veía condenado a dirigir y desviar las primeras corrientes jóvenes de un pueblo robusto hacia sus propios intereses seniles; ¡sin ojos, sin oídos, sin dientes, sin nada! Así fue como, tras la revolución de marzo, la burguesía prusiana se encontró al timón del estado de Prusia.

Frente a esta crítica aniquiladora de las débiles formas de lucha revolucionaria que entonces se estaban produciendo ante sus ojos, el contenido de las consignas con que Marx intenta incidir en ese movimiento no rebasa nunca el marco de una gran revolución democrática, de una revolución como la francesa del siglo XVIII. Marx consideró como tarea suya el contraponer a las acciones de aquel movimiento, temerosas de sus propios objetivos, audaces consignas de la lucha de una época pasada, cuales eran el postulado de una “única república indivisa”, el armamento del pueblo, la “dictadura revolucionaria” y el “terror”. Ya aquí tropezó con obstáculos casi insalvables. Todos los postulados mencionados provenían del arsenal de la revolución francesa de 1789. Eran atributos de un movimiento cuyos resultados habían consistido en el establecimiento de la sociedad burguesa. Pero, precisamente por eso, y debido al progresivo aburguesamiento que entonces estaba experimentando la sociedad europea, todos estos postulados cayeron en un descrédito tal entre la gran burguesía y parte de la pequeña, que ni siquiera Marx podía propagarlos ya públicamente, o, en todo caso, de forma muy debilitada. Así, Marx desplegará su propaganda a favor de las consignas jacobinas menos intimidantes que las arriba citadas, con la cautelosa declaración de la *Neue Rheinische Zeitung* del 16 de junio de 1848: “*No plantemos la exigencia utópica de que se proclame una república alemana única e indivisa*”. Elimina toda esta cuestión del ámbito de la actuación presente y la desplaza hacia el campo de desarrollo futuro, declarando que “tanto la unidad alemana cuanto la constitución alemana, sólo pueden nacer como resultado de un movimiento”. De la misma manera, a pesar del tono ligeramente recrudescido, las consignas más radicales de la lucha revolucionaria por unos objetivos democráticos serán tratadas con máxima precaución en el “Órgano de la Democracia”<sup>2</sup> dirigido por Marx. Aunque esta renuncia a una defensa abierta del programa global de la democracia revolucionaria no significara entonces para Marx sino una táctica elegida provisionalmente, la consideración histórica descubre ya en esta táctica elegida provisionalmente, la consideración histórica

---

<sup>2</sup> Subtítulo de la *Neue Rheinische Zeitung*.



descubre ya en esta táctica un fragmento de aquella contradicción fundamental inherente toda la postura de Marx frente a la revolución de 1848. Marx se niega a contraponerle a la realidad de la revolución burguesa una utopía socialista de futuro. En cambio, intenta imponerle repetidamente a este movimiento revolucionario de su tiempo las formas de una acción pasada, extrañas ya a los condicionamientos del presente. Intenta elevar la revolución democrática de su tiempo a un nivel más alto, y se le escapa que ese nivel “más alto” no es en realidad un nivel histórico que fue conseguido ya por el movimiento revolucionario conjunto de una época anterior.

Donde más aguda resulta la contraposición entre la opinión de Marx y los datos históricos reales, por lo que se refiere a los condicionamientos de la revolución de 1848 en que él mismo participó y vivió, es precisamente en aquellos puntos en que una consideración ahistórica estimaría más fundamentada la crítica marxiana a los aspectos débiles de esta revolución, y más rezagado su contenido real frente a los requisitos que Marx le planteaba. Se cuenta aquí, sobre todo, la política claramente provincialista y nacionalista compartida por los diversos dirigentes nacionales y locales, y en contraste con ella, el espléndido internacionalismo con que trató Marx en la *Neue Rheinische Zeitung* la conexión de la revolución prusiana y alemana con el movimiento paneuropeo contemporáneo.

Ya a título puramente cuantitativo, el órgano marxiano de la democracia alemana informó más detalladamente que cualquier otro periódico alemán sobre las revoluciones de Francia, Austria, Polonia, Bohemia, Italia y Hungría. La *Neue Rheinische Zeitung* no se limitó a reclamar Alemania para los alemanes. Reclamó también Polonia para los polacos, Bohemia para los checos, Hungría para los húngaros, Italia para los italianos. El vergonzoso abandono de la revolución polaca por parte del gobierno prusiano, las transigencias frente a la presión inglesa y rusa en la cuestión Schleswig-Holstein, el sofocamiento de la “insurrección de junio” de los obreros parisinos por parte de la misma burguesía revolucionaria -acto de tan decisivas consecuencias para el destino de toda la revolución europea-, la derrota igualmente decisiva de la revolución austríaca en Viena, las consecuencias del fracaso de las grandes manifestaciones cartistas en Inglaterra: todos estos fracasos y derrotas fueron tratados en la *Neue Rheinische Zeitung* como otras tantas derrotas de la revolución alemana y de la revolución europea general. Al mismo tiempo, Marx puso allí de manifiesto la contradicción trágica entre los supuestos intereses nacionales checos, húngaros, austríacos y prusianos, con que las diversas secciones de la revolución europea, una y

única, actuaban como suicidas no sólo contra sus intereses revolucionarios comunes, sino a la vez contra sus propios intereses nacionales. Austriacos contra bohemios, alemanes, austriacos y húngaros contra italianos; Bohemia contra Viena; y por fin, austriacos, bohemios y rusas contra la Hungría considerada por toda Europa como la última y máxima esperanza del movimiento revolucionario. Así se encadenó aquella sucesión sangrienta, hasta el fin violento de esta lucha revolucionaria fratricida con la victoria generalizada de la contrarrevolución europea.

Pero precisamente en la profunda y detallada exposición que todas estas circunstancias hallaron en la *Neue Rheinische Zeitung*, se puso a la vez de manifiesto ese rasgo excesivamente abstracto y ahistórico que también en este punto es incoherente a la política sostenida por Marx. El heroico internacionalismo con que procuró superar entonces estos “atrasos” nacionales, hace abstracción del hecho que este robustecimiento de la conciencia nacional y de las oposiciones nacionales, producidos en los últimos cincuenta años y tan nocivo para la unidad de la acción revolucionaria, fue también por su parte un producto de la victoria parcial precedente de los principios burgueses. No son, pues, estas oposiciones surgidas de cualquier factor (de la “sangre”, por ejemplo, o del “suelo patrio”) sino ese desarrollo histórico posterior de la sociedad burguesa misma que se encuentra a la base de tales oposiciones, lo que hizo imposible que la revolución del siglo XIX se constituyese como una simple repetición de la expansión internacional de acuerdo con el antiguo modelo jacobino y napoleónico.

Ateniéndose a lo que ocurrió de hecho en el caso de la gran revolución francesa, Marx consideró también ahora, en unas condiciones históricas suficientemente modificadas, que el medio universal para superar todas las dificultades internas y externas de la revolución europea habría de consistir en la realización de la guerra revolucionaria a que le obligaba su entorno hostil. Y así como con las tres grandes coaliciones de las potencias europeas que hicieron la guerra a la Francia revolucionaria a caballo de los siglos XVIII y XIX, la influencia rusa fue cobrando una importancia cada vez mayor, así también ahora, una vez que el centro revolucionario se hubo desplazado hacia el Este, el enemigo natural de la revolución europea en su conjunto tenía que ser evidentemente la Rusia zarista. Durante bastantes años más, Marx siguió ateniéndose a esta determinación del enemigo capital de la democracia europea. Incluso hizo de ello una de las pistas principales por las que habría de conducir en ese período posterior su política democrática exterior. Cuando, con el imperio de Napoleón III, el zarismo tuvo que compartir aparentemente durante

cierto tiempo esa posición privilegiada con el dictador francés, el serio y auténtico enemigo externo de la democracia europea siguió siendo, según Marx, no la “sucia figura” del aventurero imperialista que condenó a la república francesa a la misma pena capital pronunciada contra él mismo por la burguesía francesa con la represión de los obreros parisinos en junio de 1848, sino aquel “poder bárbaro cuya cabeza está en San Petersburgo y cuyas manos revuelven en todos los gabinetes de Europa”. Según esta concepción, “Boustrapa” (3) entraba en escena sólo como aliado o agente de la gran potencia reaccionaria que actuaba entre bastidores.

La tesis de Marx esbozada aquí sobre el significado de la guerra para la revolución, válido también en el siglo XIX, no fue en modo alguno una quimera. Las guerras con el exterior jugaron también en la revolución de 1848 un papel importante. Aunque en Prusia, a diferencia de Italia, Austria y Hungría, las guerras internas y externas no estuvieron conectadas en una unidad cerrada, sí ocurrió, en cambio, que la interrupción de la guerra danesa para la “liberación” de Schleswig y Holstein, mediante el armisticio de Malmoe, produjo en todas las corrientes del movimiento revolucionario de entonces un desencanto quizás mayor que cualquier otro revés en el desarrollo de la política interior. La gran importancia que hubiera podido tener para el desarrollo ulterior del movimiento de entonces una realización ininterrumpida de esta primera guerra revolucionaria, se muestra también indirectamente en el hecho de que esta “*tarea irresuelta*” de la revolución alemana fue recogida en el período subsiguiente por la contrarrevolución Guillermina y bismarckiana, y que esta nueva guerra con Dinamarca, junto con las otras de 1866 y 1870, provocaron en Europa una evolución al menos en parte progresista.

Tampoco la “*guerra revolucionaria contra Rusia*” respondió en modo alguno, como fácilmente podría creerse si no se conocía con exactitud la situación política y diplomática de entonces, a una consigna importada arbitrariamente desde fuera para el desarrollo de la revolución europea. Hoy día es sabido que, por la misma época en que la *Neue Rheinische Zeitung* pedía la guerra revolucionaria contra Rusia, el zar ruso habría ofrecido ya al príncipe de Prusia la ayuda de su ejército para la restauración violenta del régimen despótico en Prusia. Un año más tarde, los ejércitos rusos salvaron de hecho a la reacción austriaca, aniquilando en Hungría a los ejércitos revolucionarios de Kossuth. Una guerra defensiva contra esta amenaza general de la revolución europea, guerra que podrían haber hecho conjuntamente la república francesa, Prusia-Alemania, Cerdeña-Italia, Hungría y los insurrectos polacos contra los

zares rusos, habría tenido un significado positivo para el desarrollo ulterior del movimiento revolucionario de entonces, como expuso en 1938 en su instructivo libro sobre democracia y socialismo el historiador marxista, recientemente fallecido en la emigración, Arthur Rosenberg, Habría revolucionado los sectores occidentales del país ruso, disuelto la coherencia artificial del imperio de los Habsburgo y posibilitado un desarrollo nacional e independiente a las naciones oprimidas por él. Habría obstaculizado la dictadura bonapartista en Francia y la solución bismarckiana del problema alemán, elaborada a expensas de Alemania para el auge de Prusia. Así habría consolidado durante varias décadas el desarrollo democrático de la política interna y externa de Europa y preparado el camino para la futura unión federada de todos los estados europeos.

Con todo, también en este punto vuelve a ponerse de relieve el irrealismo inherente a la postura de Marx frente a la revolución europea de 1848. Cabe preguntarse: ¿Para qué Marx, que había elaborado en la década anterior una visión nueva, y que, pocas semanas antes de estallar la revolución de febrero y marzo, había construido las bases teóricas del movimiento inicial del socialismo obrero, llegó a realizar luego ese gran sacrificio? ¿Por qué renunció a toda defensa de las ideas e intereses obreros que rebasara el ámbito ideológico de la democracia, cuando quiso sustituir el programa de una revolución social de la clase obrera, sin duda todavía utópico, por otra mitología de la revolución, tan irrealista como el anterior?

Es cierto que ya en el Manifiesto Comunista de febrero de 1848 se preveía que en ningún país europeo, ni siquiera Francia, donde el desarrollo estaba más avanzado, iban a surgir los “comunistas” como movimiento independiente. Pero, en su praxis, Marx y Engels superaron considerablemente esta medida de ascética de clase prevista en el Manifiesto, porque dejaron por completo para el campo ideológico la constante formación teórica de los obreros, que preconizaba el Manifiesto para que “*tras la caída de la clase reaccionaria de Alemania*” se iniciase inmediatamente la “*lucha contra la burguesía misma*”. Y esto no se debió únicamente a un fracaso de su propia organización. Si la “Liga de los comunistas”, como declaró más tarde Engels, demostró ser una “*palanca demasiado débil frente al movimiento de las masas populares ahora disgregado*”, ese resultado no les importunó demasiado, e incluso —según demuestran las investigaciones posteriores— ellos mismos contribuyeron ocasionalmente a producirlo.

Cuando Marx, a comienzos de abril de 1849, inició al fin por primera vez una discusión sobre cuestiones obreras específicas en la *Neue*

*Rheinische Zeitung*, dio como razón de su negligencia anterior respecto a tales problemas el que “antes que nada” se imponía “perseguir la lucha de clases en la historia de cada día y comprobar empíricamente, sobre el material de datos frescos y cotidianos, que, con el sojuzgamiento de la clase obrera que había hecho febrero y marzo, fueron vencidos simultáneamente sus enemigos”. Pero eso es precisamente lo que no hizo Marx. No utilizó el material histórico ofrecido por la lucha cotidiana de clases del período revolucionario para deducir la derrota de la burguesía a partir de la oposición entre burguesía y proletariado, y a partir del “sojuzgamiento” de la clase obrera. En lugar de eso, se limitó a demostrar que la burguesía europea fracasaba porque, debido a la desconsiderada imposición de sus propios intereses de clase, no era capaz de producir ya un desarrollo progresivo de la sociedad entera. Pero lo que se deducía de ello en primera instancia era solamente que tales progresos políticos y sociales, en la medida en que pudieran darse a partir de entonces, habrían de ser producidos bajo otras formas distintas, no por la burguesía sino contra ella. Y de hecho, ésta fue la función que desempeñó después la dictadura bonapartista de Francia, así como la llamada “revolución desde arriba” de Prusia.

No podemos entrar aquí en detalles sobre la postura que adoptaron Marx y Engels frente a estas formas ya modificadas de la evolución política y social durante el período postrevolucionario. Nos limitaremos a constatar que la concepción de que la política de la contrarrevolución bonapartista y bismarckiana debe considerarse como una auténtica continuación de la evolución revolucionaria precedente, encontró fuertes resonancias en la época subsiguiente, no sólo entre los historiadores burgueses sino incluso entre los marxistas y otros teóricos socialistas, y no los peores de ellos. Ya Proudhon, en su escrito de 1852 *La revolución social demontre par le coup d'Etat*, y el propio Marx en sus análisis de la revolución francesa y alemana redactados por las mismas fechas, promocionaron considerablemente ese tipo de concepción; y en muchas otras ocasiones a partir de entonces se ensayaron interpretaciones similares de acciones contrarrevolucionarias y procesos revolucionarios.

Los peligros que surgen de esta ambigua concepción de la revolución, quedan ilustrados por la polémica que, durante los años sesenta, se entabló entre Marx y Lassalle en torno a este punto, y que algo más tarde llevó a una ruptura total de Marx y Liebknecht con Schweitzer. El conflicto entre ambas corrientes consistía en que Lassalle y Schweitzer querían deducir de las citadas posibilidades “revolucionarias” de la contrarrevolución el derecho del revolucionario a colaborar incluso directamente con el poder contrarrevolucionario si el caso lo requería,

mientras que, para Marx, en casos como éstos el partido obrero tenía que reconocer ciertamente el carácter objetivamente progresista de las concesiones hechas a los trabajadores por la reacción en su lucha contra la burguesía, pero jamás debería entregar su autonomía por pacto alguno con la reacción. O, como lo expresó Engels de forma bella y poética en su estudio de 1865 sobre *La cuestión militar prusiana y la clase obrera alemana: Mit geru scal man geba infahan, ort widar orte*: “Lanza un ristre se recibirán los dones, borne contra borne”.

En razón a esto, y sobre todo teniendo en cuenta las últimas experiencias, consideramos que es urgente romper con esta concepción de las relaciones entre revolución y contrarrevolución, tan ambigua y en definitiva tan oscurecedora de todas las diferencias, así como fijar los límites entre ambas, apoyándonos en la misma caracterización que hace el Manifiesto Comunista de 1848 del “socialismo reaccionario”, con su afirmación de que ha de excluirse del concepto de revolución a quienes reprochan más a la burguesía el hecho de engendrar un proletariado revolucionario, que el de “engendrar, sin más, un proletariado”.

Publicado en *Die Schule. Montastsschrift für geistige Ordnung*, 3/5 105-174, 1948.

## DIEZ TESIS SOBRE EL MARXISMO HOY

Karl Korsch

1950

1. Actualmente no tiene sentido preguntarse hasta qué punto las enseñanzas de Marx y Engels son teóricamente asumibles y prácticamente aplicables a nuestra época.<sup>3</sup>
2. Todos los intentos de restablecer íntegramente la doctrina marxista en su función original de teoría de la revolución social de la clase obrera son hoy utopías reaccionarias.
3. A pesar de ser básicamente ambiguos, existen, sin embargo, importantes aspectos de la enseñanza marxista que, en su función cambiante y en su aplicación a diferentes situaciones, siguen teniendo hasta la fecha su eficacia.
4. El primer paso que hay que dar para reiniciar una teoría y una práctica revolucionaria es romper con la pretensión del marxismo de monopolizar la iniciativa revolucionaria y la dirección teórica y práctica.
5. Marx es hoy simplemente uno de los muchos precursores, fundadores y continuadores del movimiento socialista de la clase obrera. No menos importantes son los socialistas llamados utópicos, desde Tomás Moro a los actuales. No menos importantes son los grandes rivales de Marx, como Blanqui, y sus enemigos irreconciliables, como Proudhon y Bakunin. No menos importantes, en cuanto al resultado final, los desarrollos más recientes tales como el revisionismo alemán, el sindicalismo francés y el bolchevismo ruso.
6. En el marxismo son particularmente críticos los puntos siguientes:
  - a) haber estado prácticamente subordinado a las condiciones económicas y políticas poco desarrolladas de Alemania y de los

---

<sup>3</sup> *Zehn Thesen über Marxismus heute* (1950). Redactadas y difundidas en 1951 como esquema de una conferencia pronunciada en Zurich (por lo cual son designadas también como *Tesis de Zurich*) en ocasión del viaje de Korsch a Europa donde pronunció conferencias en Hannover, Berlín, Basilea y Zurich precisamente, nunca fueron publicadas por el autor. Aparecieron por primera vez impresas en francés en la revista *Arguments*, en 1959, y luego en su original alemán en *Alternative*, t. VIII, 1965, núm. 41, pp. 89-90

demás países de la Europa central y oriental donde llegó a adquirir una importancia política;

- b) su adhesión incondicional a las formas políticas de la revolución burguesa;
- c) su aceptación incondicional de la situación económica avanzada de Inglaterra como modelo para el desarrollo futuro de todos los países y como condición objetiva preliminar de la transición al socialismo. A lo que se añaden:
- d) las consecuencias de los intentos repetidos, desesperados y contradictorios del marxismo por escaparse de esos condicionantes.

7. Resultado de esas circunstancias es lo siguiente:

- a) la sobrestimación de la importancia del Estado como instrumento decisivo de la revolución social;
- b) la identificación mística del desarrollo de la economía capitalista con la revolución social de la clase obrera;
- c) el ulterior desarrollo ambiguo de esta primera forma de la teoría marxiana de la revolución mediante el injerto artificial de una teoría de la revolución comunista en dos fases; esta teoría, dirigida en parte contra

Blanqui y en parte contra Bakunin, escamotea del movimiento presente la emancipación real de la clase obrera y la difiere a un futuro indeterminado.

8. Aquí se inserta el desarrollo leninista o bolchevique; y en esa forma nueva es como el marxismo fue transferido a Rusia y a Asia. Así el socialismo marxista se transformó de teoría revolucionaria en pura ideología que puede subordinarse y de hecho estuvo subordinada a objetivos diversos.

9. Desde este punto de vista conviene juzgar con espíritu crítico las dos revoluciones rusas de 1917 y de 1928. Y desde este punto de vista hay que determinar las funciones diversas que el marxismo cumple actualmente en Asia y a escala mundial.

10. El control de la producción por los trabajadores de sus propias vidas no podrá ser fruto de la ocupación de las posiciones abandonadas en el mercado internacional y en el mercado mundial por la competencia autodestructiva y supuestamente libre de los propietarios monopolistas de los medios de producción. Ese control no podrá resultar más que de la intervención concertada de todas las clases actualmente excluidas en una



producción que, ya hoy, tiende en todos los sentidos a la regulación monopolista y planificada.